

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO I

TEGUIGALPA: 1.º DE ENERO DE 1902

NUM. 11

La "Revista Nueva"

saluda á sus lectores en el
primer día de

1902

Introducción

DE LAS MONTAÑAS DEL ORO

(Concluye)

Aquella gran columna se ha poblado de voces:

“Las cosechas proficuas esperan nuestras hoces.
Los metales, esclavos de inmutable obediencia,
Trazan la rúa. El índice severo de la ciencia
Señala el paraíso de la grandeza humana:
El yunque y el martillo, sí; mas no la campana.
La razón es el lábaro del ideal eterno;
La razón que no admite ni el cielo ni el infierno.
Dios es un viejo amo, desterrado monarca
Que agoniza en la inmensa desolación de su arca.
—Substituir la noche por la aurora, y el falso
Culto por la evidencia de la luz, y el cadalso
Por el libro; ser astro, ser-cumbre, ser progreso;
Sentir sobre la frente la dicha como un beso
Floral; prender al flanco de la tiniebla el rayo
Cual flamígera espuela; contradecir el fallo
De los siglos; dar cima á la conciencia augusta;
Romper los viejos moldes de la creencia injusta;
Confiscar á la sombra su vasto calabozo;
Anegar las tinieblas en un vasto alborozo;
Deshaer para siempre las coronas de espinas;
Sembrar modernas rosas sobre el altar en ruinas;
Descenajar las claves del formidable techo
Que encubre la sombría negación del derecho;
Bautizar con vitales perfumes toda frente;
Exprimir frescas uvas sobre el deseco ardiente.
¡He aquí el nuevo dogma! Dios, lacerante yugo,
Es el primer tirano y es el primer verdugo.
La libertad le niega, la ciencia le suprime:
La libertad que alumpra, la ciencia que redime.
A destronarle, picas! Guerra á Dios! Muerte al

(mito)

—Mas ¿con qué vais, entonces, á llenar lo infinito?

No! La fe es la suprema reveladora. El mundo
Es un milagro eterno de fe. Lo que es fecundo,
O luminoso, ó bello—amor, estrella, rosa—
Certifica el imperio de una ley misteriosa
Que combina la trama de los destinos, y hace

Converger los esfuerzos de todo lo que nace
Sobre un eterno foco que ejecuta y que piensa
Tal como el haz de músculos de una derecha in-

(mensa.

La fe es una montaña llena de precipicios.
En sus cavernas moran las larvas de los vicios.
Lo negro es lo monstruoso. Su cuesta es agria y

(dura.

En todas las montañas sólo la cima es pura.
La cima es el esfuerzo visible del abismo
Que lucha en las tinieblas por salir de sí mismo.
El alma tiene una: Dios. Si el alma descuello
Sobre su propio vuelo, se reconoce en ella.

Pueblo, sé poderoso, sé grande, sé fecundo;
Abrete nuevos cauces en este Nuevo Mundo;
Respira en las montañas saludables alientos;
Retuerce los cerrojos del antro de los vientos.
Recoge las primicias de los frutos opimos;
Cíñete la corona de espigas y racimos;
Desarma la muñeca y el calcañar del fuerte,
Cuyos sobacos huelen á bravo y á muerte;
Fundas en las nuevas aras los dogmas fraternales,
Noblemente rodeados de nimbos siderales;
Bo de tu uñas la hiel de todo insulto;
Y haz que las hostias sean, en tu moderno culto,
No de carne sangrienta, sino de dulce trigo.
El tío Sam es fuerte. Arraigada en su ombligo
Tiene la cepa de Hércules. En su vasta cabeza
Hay no sé qué proyectos de una informe graz-

(deza.

Aprende el recio canto que esfuerzan sus mar-

(tillos,

Muerde con sus tenazas la cuña de tus grillos,
Pon en las férreas ancas de sus locomotoras
Una gigante carga de nubes y de auroras;
Desflora con su hierro las cumbres familiares,
Y alzándote desde esos gigantescos altares,
Proclama á Dios, enfrente de las excelsas lum-

(bres

Del sol. Los arrabales del cielo son las cumbres.
Castiga, si hay infamia que castigar; nivefa
Los antros, no las cimas; alza tu blanca vela
Sobre el egregio mástil de la fe; tiende al viento
Como un plumaje de oro todo tu pensamiento
Y abre á la aurora tu alma como un bosque ar-

(monioso.

El astro de tu suerte flota en lo misterioso.
Algo como una sorda germinación que abraza
Con sus potentes vástagos la carne de la Raza,
Algo que sobre el monte de tus espaldas pesa
Cual la triunfante garra de un cóndor que hace

(presá;

Pretende libertarte de tu peñón sombrío;
Salvadora borrasca que sacude el navío,
Obscuras expansiones del oculto renuevo,

Alas que se presienten en la eclosión del huevo...
Tú eres el arca errante del abismo. Tu frente
Es el lecho de sombra del ideal naciente.
Los siglos te desean, pero tu alma está obscura
Todavía: la llama divina que fulgura
Sobre el total esfuerzo de las razas, no brilla
En tu cabeza. El árbol duerme aún en la semilla,
Mas la semilla en lo hondo del porvenir vegeta,
De ella surgirá este átomo, este sol:

Un poeta!

Un poeta? Es preciso. Dios no trabaja en vano.
Cuando sobre las cumbres del pensamiento hu-
(mano

La noche se constela de lejanos fulgores,
Cuando las grandes lenguas del viento dan ru-
(mores
Inauditos, y cuando sobre esas cumbres flota
La inefable caricia de una armonía ignota.
La luz presente al astro, la fe presente al alma.

Dios trabaja en el seno de una inmutable calma.
Pero las grandes voces: el trueno, el mar, el
(viento,

Dicen las predicciones de aquel adrenimiento.
—Yo escuché esas tres grandes voces: Dios ha
(querido
Que esas tres grandes voces sonaran en mi oído.
Dios ha dicho palabras á la hoja de la hierba:

Pueblo del Nuevo Mundo, tú eres la gran reserva
Del Porvenir. Tu grave destino que medita
El vasto pensamiento de la sombra, palpita
Como el feto de un astro futuro entre el oleaje
De las Causas divinas. Tu frente alta y salvaje
Deja correr en olas pensamientos sombríos,
Tal como una montaña madre de muchos ríos.
Tus esperanzas, formas que en lo vago se mecen
Llenando excelsitudes luminosas, parecen
Una visión de torres bajo una alba dorada.
Allí está Dios. Su mano paternal, levantada
Sobre el abismo, enseñañas proficuas cosechas.
En su mirada de oro vibran sublimes flechas.
Su seno es inefable. Su poder no fatiga
Ni un pétalo de rosa, ni una antena de hormiga.
Vosotros los sintiestros que le llamáis tirano,
Vosotros los campeones del ideal humano,
Vosotros los intérpretes austeros de la Vida,
Vosotros los apóstoles de la razón deícida,
Los que queréis derecho, libertad, luz, aurora,
Para todo el que sufre, para todo el que llora,
Para todo el que piensa, para todo el que canta.
Oh admirables rebeldes de la luz: si os espanta
Que Dios reine en sus cielos, que su grandeza
(impere

En todo lo que vive y en todo lo que muere,
Que su palabra, llena de celestes cariños,
Cubra de bendiciones las cunas de los niños,
Que el trueno de su boca desarraigue los montes,
Que el fulgor de su gloria llene los horizontes,
Que el rayo de sus ojos omnipotentes vibre,
¡Dejadle, por lo menos, que se sea un hombre libre!...

—Los astros centelleaban de furros divinos,
Y daban fuertes sonos como un bosque de pinos
Flameantes, cabalgado por el huracán, sonos
Que flotaban cual nubes sobre los escuadrones
De aquella gran columna blasfema. El mar oía,
Oía la montaña, la selva, el antro, el día,
Presintiendo un cercano temblor de cataclismo

Ante esas formidables alarmas del abismo.
Aquellos sonos eran las palabras de una ira
Tenebrosa, que hablaba como el viento en la lira.
"¡El alma está en peligro!" clamaban. Desde el
(cielo

Caían sordas lágrimas de sangre y luz; el duelo
De las sombras pesaba sobre la tierra inerte
Como un árbol sobre una meditación de muerte.
La cruz austral radiaba sobre la enorme esfera
Con sus cuatro flamígeros clavos, cual si quisiera
En sus terribles brazos crucificar al polo.
En medio de aquel trágico horror, yo estaba solo
Entre mi pensamiento y la eternidad. Iba
Cruzando con dantescos pasos la noche. Arriba
Los astros continuaban levantando sus quejas
Que ninguno sentía sonar en sus orejas.
Rugían como bestias luminosas, heridas
En el flanco, mas nadie sujetaba las bridas;
Nadie alzaba los ojos para mirar aquellas
Gigantes convulsiones de las locas estrellas;
Nadie les preguntaba su divino secreto;
Nadie urdía la clave de su largo alfabeto;
Nadie seguía el curso saugriento de sus rastros...

Y decidí ponerme de parte de los astros.

L. OPOLDO LUGONES

Esquilo y Sófoeles

ENTRE los helenos la obra de arte completa era la suma de todo cuanto podía exponerse á las miradas del pueblo, respecto á la esencia del modo de ser griego: era dentro de una conexión profunda con su historia la nación misma que en la representación de la obra de arte se encontraba colocada frente á ella, se poseía de ella, y en el curso de algunas horas se embriagaba de su propia esencia en el más íntimo, en el más noble de los placeres. Toda prodigalidad de este placer, toda dispersión de estas fuerzas reunidas en un solo punto, toda separación de estos elementos en diversos sentidos particulares, no podían tener otro efecto que irrogar un gran perjuicio á esta gran obra de arte único, como al mismo estado constituido en análoga forma; tan sólo se necesitaba que la obra continuase floreciendo, pero no admitía ser alterada. Por esta razón, el arte fué conservador, de igual modo que en la misma época los más nobles talentos del Estado griego fueron conservadores. Esquilo es la más notable expresión de este moderantismo; su más bella obra, dentro del espíritu conservador, es el *Orestes*

con la cual se opone como poeta al joven Sófocles, y al propio tiempo, como hombre de Estado, al revolucionario Pericles. La victoria de Sófocles, como la de Pericles, fué consecuencia inmediata del espíritu de progresivo desenvolvimiento de la humanidad; pero el fracaso de Esquilo fué el primer paso hacia la decadencia de la tragedia griega, el primer escalón descendido en la desorganización del Estado ateniense.

Los más grandes, los más nobles espíritus, aquellos á quienes Esquilo y Sófocles hubieran saludado como hermanos, hicieron oír su voz en el desierto algunos siglos después; aun los hemos oído nosotros; aun resuena en nuestros oídos su llamada, pero el eco de esta llamada se ha borrado de nuestro corazón vano y vulgar; nos conmovemos ante su gloria, pero nos réimos á solas de su arte; les hemos permitido el ser buenos y sublimes artistas, pero les hemos prohibido la obra de arte, puesto que sin nuestra precisa colaboración no pueden crear solos la grande, la real, la única obra de arte. La tragedia de Esquilo y de Sófocles era la obra de todo un pueblo, de Atenas.

RICARDO WAGNER

Pí y Margall

MURIÓ Pí y Margall!

¡Cómo no se ha estremecido la tierra al vuelo de esa alma inmensa!

Fué como Daniel.

Su grito bíblico retumbaba en el porvenir, haciendo palpar los acontecimientos más recónditos.

Se van las grandes alinas, dejando una cauda de luz que no se extingue jamás.

Después de Castelar, el artista rey de la palabra, Pí y Margall, el condensador de ideas, el rey de los profetas modernos.

Fué gran sembrador de ideas que brillarán en la conciencia como un cielo constelado de soles.

La juventud de América está de luto por el Gran Maestro.

Su credo republicano y su fèderalísimó germinarán en el Nuevo Mundo como un Evangelio de las instituciones libres: ellas son el patrimonio de la humanidad y la gloria de los pensadores.

España se ha quedado sola.

Aquel pérfil severo de vidente se há helado al soplo de la tumba.

Camina Pí y Margall sereno y firmé hacia la Inmortalidad, y á su paso se inclinan todos los grandes profetas y filósofos de los siglos.

España se ha quedado sola.

Murió Pí y Margall, y con él, el cerebro más fuerte de España.

¡Pobre España!

Con esa alma se apaga un foco de luz que resplandecía en el camino del Ideal.

Aprovechemos la cosecha de sus obras, que son inmensas, y consagremos un templo en la admiración para venerar al que fué uno de los más enaltecidos hijos de la familia humana.

TIMOTEO MIRALDA

En París

AL entrar noté que mi compañero y el amigo que salió á nuestro encuentro se saludaban ceremoniosamente. No se conocían.

—Vargas Vila, dije, indicando á mi compañero.— Amado Nervo, agregué, nombrando al poeta que nos recibía.

Estábamos en la casa de Rubén Darío. La luz de una transparente mañana de diciembre, tamizada al través de las cortinillas, y el rojizo claror del hogar, envolvían en suave penumbra el recinto.

De pies, junto á la gran mesa de encina cargada de libros y papeles, conversábamos, cuando entre el marco rojo y raro de la entreabierta cortina porterá apareció Darío, adusto de tristeza, silencioso, fija en nosotros la mirada límpida, de esa límpidez que deja en los ojos el llanto reciente, y en los cielos la tormenta que se aleja.

Breve historia de alguna infiel musa pasajera que en el cáliz de los labios, ex

hausto ya el vino, puso heces que amargaron un día, uno sólo, la vida del poeta. Duelo hondo y fugaz por la copa vacía devuelta á la onda de París que la trajo, á la onda tumultuosa de Montmartre que, como pétalos el arroyo, arrastra rojos labios entreabiertos en el gesto del beso: sangrienta floración de cálices como rosas, cálices ó purpúreos como amapolas y adelfas, que el capricho ó el amor escancian y arrojan otra vez al río que ha de dar con ellos á la mar.

Abrí un gran diario que estaba sobre la mesa. Era una hoja de Estokolmo que traía la versión escandinava hecha por Björnson de las estrofas en que Rubén Darío saludó al rey Oscar de Suecia á su llegada á España. Otro periódico, de Nicaragua, manifestaba al Gobierno de aquel canal la conveniencia de honrarse nombrando su Cónsul en París al poeta; pobre homenaje y pobre auxilio, el menor de los debidos por la patria á esa su más alta gloria, mientras la vida fluye de su plectro en formas eternas de belleza; homenaje y auxilio que libran á Nicaragua del cargo de abandonar en vida á aquel á quien ella misma, ó el yanqui, cuando de esas tierras se apodere, erigirá póstumos mármoles ó bronces, que perpetúen el rostro verlainiano y la perecedera forma del más grande de los nicara-güenses.

Como agita la ráfaga los bosques, un breve silencio sopló en los espíritus de los cuatro sembradores que allí estábamos, hizo vibrar recuerdos y rodar con áspero entrechocamiento de hojas secas, olvidados desengaños. Entre los recuerdos que vibraron, fué uno el de alguna íntima velada espiritual, á cuya visión el desdén plegó en sonrisa nuestros labios. Las palabras que aquí se vertieron no habrían de ser exprimidas con rencorosa suspicacia por alguna enconada vanagloria. Eramos cuatro sembradores que proyectábamos la propia silueta en el propio surco, y á la luz del ideal arrojábamos en tierra la semilla.

CÉSAR ZUMETA

París—1901

Los ojos de los niños

Los niños
tienen ojos muy tristes é ingenuos,
que nos hacen pensar hondamente
en todos los tristes misterios,
en todos los graves problemas
de la vida humana, que nadie ha resuelto.

Por eso miramos sus ojos
con un inquietante silencio,
que es una pregunta sobre lo que dicen
cuando están abiertos.

Unos son azules,
como el agua de un lago sereno,
ó como en las tardes de estío
un pedazo radioso de cielo,
ó como una montaña imponente
á lo lejos.

Otros son profundos
y negros,
como algunos pozos
que abren los mineros
taladrando las capas de rocas
á fuerza de hierro, con brazos de hierro.

Los otros son verdes,
cual esos retoños postreros
que brotan los árboles
caídos y viejos,
que cubren parásitas grises,
raros terciopelos,
y que mina la lenta carcoma
del tiempo.

Esos ojos azules, ó negros, ó verdes,
á la luz abiertos,
valen más para todas las madres
que las gemas de extraños reflejos,
y se ven en su diáfano fondo
como en un espejo,
y los cubren, después de sus éxtasis,
de sonoros besos.

Mas dicen los ojos
con un elocuente silencio:
—¡Qué opaco y marchito es el mundo
que nosotros vemos!
¡Felices los hombres que nacen
á la vida ciegos!

Entonces la Muerte,
que se halla en acecho,
se acerca de pronto á los niños,
que la ven sonriendo,
y cierra de un golpe sus cándidos ojos
con la punta glacial de sus dedos.

JUAN RAMÓN MOLINA.

Tegucigalpa.

Números

II.—Todo revelador, ya sea un sabio, un artista del relieve, del color ó del sonido, ó un poeta (el cual compendia todos los artistas, porque el arte de la poesía es un hermoso resumen de todas las artes materiales y espirituales), estará siempre en pugna, si es de verdad original y superior, con la mayor parte de sus contemporáneos, cuyo sentido científico ó estético, extraviado por una enseñanza negativa, ó pervertido por un mal gusto congénito (esto á veces por oscuras causas étnicas), tenderá inconscientemente á preferir, ó quizás obedeciendo á un espíritu de servil imitación, todo lo que no le choque y, sobre todo, que no disguste á los demás. De ahí (esto es lógico) que las novedades científicas ó literarias sean brutalmente combatidas por el vulgo; que éste odie ó persiga á los que se atrevan á pasar la línea trazada, el linde clásico—ese eterno Rubicón que limita, estrechándolo siempre, el campo de la Ciencia ó del Arte. De ese modo se explica la sorda guerra que se ha movido á algunos ilustres químicos y físicos; el ambiente hostil que envuelve á Berlioz y á Wagner; el desdén que sus contemporáneos tuvieron por Shakespeare, Balzac y Poe. La multitud, guiada por inteligencias mediocres, críticos enanos ó envidiosos de mala fe, mira rebeldes, simples enajenados ó destructores peligrosos, en todos esos reveladores, que oponen, de súbito, una nueva hipótesis á una vieja, un dogma al consagrado por la tradición, una audaz fórmula de arte á un canon antiguo.

JUAN RAMÓN MOLINA

Tegucigalpa.

Fieles

STECCHETTI

Deja que mis dolores te confíe:
La pálida fealdad color de cera
No llora nunca, ni jamás se ríe,
Aunque en mis brazos se abandone entera.

La nieve de su ser no se deslíe
Al claro sol de voluntad sincera;
No hay en sus ojos fero que me guíe,
Ni entre sus besos alma que me quiera.

¡Ay! cuántas veces en mi obscuro lecho,
Ardiendo en la pasión que me devora,
Entre mis brazos con furor la estrecho,
Y me sorprende la indiscreta aurora
Llorando al contemplarla, á mi despecho,
Helada siempre, y siempre tentadora!

FRANCISCO A. DE ICAZA

El triunfo de Nerón

Al jonio carro úncidos con áspera cadena,
Los fúridos corceles presienten la fatiga,
Y el ojo atento al brazo del coronado auriga
Escarban al establo, sacuden la melena.

De las broncíneas trompas por la candente

(arena
La voz el viento expande, que la inquietud mitiga,
Y con los ojos fijos en la imperial cuadriga,
El pueblo de la Loba los ámbitos atruena.

Sobre el marfil luciente de la carroza erguido,
Nerón la gloria ostenta de su oriental vestido,
Alzando el haz de bridas, con indignada mano

Vibra la fusta. El grito de la victoria sube...
Y entre el dorado cerco de polvorosa nube
Se borra el grupo móvil en el confin lejano....

GUILLELMO VALENCIA

La Ciudad del Silencio (*)

Es en el lejano país boreal, sobre un
pálido ventisquero, donde se ve la Ciudad del Silencio.

(*) La Ciudad del Silencio es una población fantástica que flota en el aire, sobre el ventisquero de Muir, en Alaska, más allá de la Columbia británica, en la América del Norte.

Nadie, hasta ahora, ha podido descifrar el misterio científico de este admirable espejismo, que se denomina en América la octava maravilla del mundo.

En su obra *Alaska Mines*, el profesor Bruco dijo que ese espejismo no era más que el reflejo de la antigua ciudad de Bristol, distante 5.000 millas del ventisquero donde se produce la aparición.

Lo mismo afirma Mr. Walbran, capitán del vapor canadiense *Quadra*.

(“El Mundo Latino,” Madrid.)

Flota en el espacio, como una inmensa neblina de encajes, fantástica, milagrosamente. Aparece en las claras mañanas luminosa y cristalina, como una incomparable imagen de ensueño y de misterio.

Quizá sea la aparición de una ciudad muerta hace veinte siglos. Quizá esté poblada de espíritus y de sombras.....

Me imagino su visionaria belleza, sus efímeras torres brillando en el aire, y la sobrenatural arquitectura de sus catedrales. Me imagino el sugestivo poder de su encanto, vista en la lejanía como una prodigiosa forma de delirio, graciosa y errabunda por las regiones hiperbóreas.

La Ciudad del Silencio!.....Ni un tenue rumor, ni una dulce risa, ni una voz, ni un eco. Nada. Reina en ella una calma profunda, un hondo misterio, una paz mortuoria. Una blanca ciudad taciturna: amplias calles interminables, enormes edificios de raras formas, jardines y plazas: todo de nieve, todo solitario, todo envuelto en un solemne silencio. País de pesadilla y de locura, visto á través de un delirio macabro. Ciudad espectral de nostalgias y de anhelos, iluminada por la extraña claridad de una luna amarillenta ó por la lumbré lívida de un sol mortecino...
....Quizá guarde en su seno el laurel florido de los soñadores, la torre de marfil de los poetas, la belleza y la gloria de cien razas difuntas!.....

Quizá su silencio tenga más armonía que todas las músicas, y su misterio sea más profundo que el misterio de la muerte!

Quién pudiera verla una vez en su plácida serenidad, gozar de la elocuencia de su mudez eterna, de su formidable hermosura ultraterrestre!

Quién pudiera encontrar en ella á la mujer adorada de belleza imposible, que vive en lo más hondo del espíritu de los poetas, pálida, fría y enigmática!

FROILÁN TURCIOS

Mis versos

Son mis versos las ondas lastimeras
De un mar que, en el abismo de mis males,
Pone el ósculo azul de sus cristales
En la playa ideal de mis quimeras.

Son mis versos espumas pasajeras,
Que deshacen las ráfagas boreales,
Y llevan, en sus tintes otoñales,
Cadáveres de muertas primaveras.

Si cuentan que mi verso es un sepulcro
Que runque por fuera deslumbrante y pulcro,
Hay corrupciones bajo el mármol sereno:

Dí que es así mi estrofa desolada
Porque falta la luz de tu mirada
En las pálidas gemas de mi verso!

AUGUSTO C. COELLO

Duelos célebres

CON objeto de averiguar si el príncipe Hamlet era flaco y frágil, como Sara Bernhardt lo representa, ó gordo y asmático, cual Coquelín podría representarlo, Catulo Mendés y Jorge Vanor acaban de batirse en duelo. Catulo Mendés ha sido herido gravemente, tan gravemente, que los doctores aseguran que la herida puede ser mortal, pero que también puede no serlo.

—“Caballero, Hamlet era gordo, y se lo probaré á usted con una estocada.”

¡Cuánto habría reído Schopenhauer, el filósofo ligero y heineano del *Parerga y Paralipómene*, al ver que dos caballeros van al terreno llamado del honor, dispuestos á matar ó morir, para convencerse de que Hamlet era gordo y asmático, ó flaco y frágil!

Sarcey, que era gordo é ingenioso, también habría reído de buena gana ante tal lance.

Sarcey tenía un amor exagerado de su propia piel, y aun en casos muy graves prefirió siempre batirse á crónicas que discutir á estocadas. Un día, sin embargo, Aureliano Scholl le obligó á ir *sur le terrain*. Al llegar al sitio del lance, cuando el chistoso boulevardier se ponía en guardia, el viejo crítico le dijo:

—Trata de no matarme, eh!

Scholl no le mató.

Charles Vignier, en cambio, mató á Roberto Case, sin desearlo, para defender el verso libre contra el verso antiguo.

Moreas me ha contado varias veces este lance, en el cual fué padrino:

—Case era el que atacaba—me ha dicho —y atacaba con tal furia, que el otro no

podía menos de *parar al cuerpo*. En una de esas paradas, la espada se hundió en el pecho.

En el duelo de Vanor y de Mendés, el que atacaba era este último, y el otro, parando al cuerpo, le hirió sin quererlo.

En literatura todo se repite.

Un duelo verdaderamente célebre, por lo que de cómico tuvo, es el de Teodoro Barrière y Carlos Monselet. Este era crítico y aquél dramaturgo. Una noche, en el estreno de un drama de Víctor Hugo, ocurriéronse discutir sobre las excelencias del arte romántico, y como no lograron ponerse de acuerdo, recurrieron á las espadas.

Fueron á la palestra y no se encontraron. Llamándose cobardes volvieron á París, y al mismo tiempo que Monselet recibía una carta llena de reproches de Barrière, Barrière recibía de Monselet una carta de reproches llena. Volvieron al campo al día siguiente, y tampoco se encontraron. Los padrinos de ambos escribiéronse entonces injuriosas misivas y se exigieron puntualidad para la mañana siguiente. Pero tampoco se encontraron.....

Al fin se averiguó que mientras unos iban al Bosque de Vincennes los otros iban al Bosque de Bolonia. La cita era sencillamente "en el Bosque."

Al fin se batieron, y en el primer encuentro ambos se hirieron simultáneamente el brazo derecho.

Pero más curioso aún fué el último lance de Villemessant.

En los postreros años de su agitadísima existencia, el director legendario de *El Figaro* había perdido su buen humor y no toleraba ni bromas pesadas ni rudos ataques.

—“Al que me insulte—decía—le mato inmediatamente.”

Y sus enemigos no se atrevían á insultarle. Pero de pronto *La Independencia Belga* comenzó á publicar una serie de artículos terribles contra “el ogro de *El Figaro*,” firmados *Aquiles*.

—*Aquiles!*—rugió Villemessant— pues también á *Aquiles* le mato.

Tomó el tren; llegó á Bruselas; fuése derecho á la redacción de *L'Indépendance* y preguntó por *Aquiles*.

—Espere usted un instante—díjole el secretario del periódico.—*Aquiles* vendrá en seguida.

Un momento después apareció ante “el ogro” una viejecita con una pluma en la oreja, diciendo:

—Yo soy *Aquiles*, caballero.

Villemessant no la mató.

A pesar de lo muy arraigada que está en Francia la costumbre de batirse por el más leve pretexto, la opinión pública suele de vez en cuando rebelarse contra el duelo. Después de cada lance trágico, la prensa grita. Pero el tribunal del Sena absuelve siempre al matador, y cuando la tumba violentamente abierta se cierra, las espadas principian de nuevo á lucir bajo el sol parisiense, en los bosques deliciosos que hacen á la gran ciudad un riquísimo cinturón de verde terciopelo.

En 1881, cuando Asselin mató á Saint-Victor, varios juriscónsultos quisieron hacer promulgar una ley rigurosa contra el duelo; pero ni la Cámara de Diputados ni el prudente Senado la admitieron.

La idea general en Francia es que el duelo evita las riñas á la inglesa, en las cuales el débil es siempre la víctima del fuerte, aun teniendo razón.

En otro tiempo la cosa era más seria, y, según dice Brantôme en su famoso discurso, el herido tenía derecho de hacer lo que quería del herido, “á saber: arrastrarlo por el campo, ahorcarlo, quemarlo vivo, encerrarlo para siempre ó hacerlo su esclavo.”

Sería curiosísimo ver á Jorge Vanor, periodista sin talento, quemando vivo al gran poeta Catulo Mendés.

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

~ ~ ~ ~ ~ Ño nuevo

A las doce de la noche, por las puertas de la
(gloria
al fulgor de perla y oro de una luz extraterrestre,
sale en hombros de cuatro ángeles, y en su silla
(gestación,
San Silvestre.

Más hermoso que un rey mago, lleva puesta la
(tiara
de que son bellos diamantes Sirio, Arturo y Orión,
y el anillo de su diestra, hecho cual si fuera para
Salomón.

Sus pies cubren los joyeles de la Osa adaman-
(tina
y su capa raras piedras de una ilustre Visapur;
y colgada sobre el pecho resplandece la divina
Cruz del Sur.

Va el Pontífice hacia Oriente; ¡va á encontrar
(el áureo barco
donde al brillo de la aurora viene en triunfo el
(rey enero?
Ya la aljaba de diciembre se fué toda por el arco
del Arquero.

A la orilla del abismo misterioso de lo eterno
el Inmenso Sagitario no se causa de flechar;
le sustenta el frío Polo, le corona el blanco In-
(vierno
y le cubre los rifones el vellón azul del mar.
Cada flecha que dispara, cada flecha es una hora;
doce aljabas cada año para él trae el rey enero;
en la sombra se destaca la figura vencedora
del Arquero.

Al redor de la figura del gigante, se oye el vuelo
misterioso y fugitivo de las almas que se van,
y el ruido con que pasa por la bóveda del cielo,
con sus alas membranosas de murciélago, Satán.

San Silvestre, bajo el palio de un Zodiaco de
(Virtudes
del celeste Vaticano se detiene en los umbrales,
mientras himnos y motetes canta un coro de
(láides
Inmortales.

Reza el santo y pontífice, y al mirar que viene
(el barco
donde en triunfo llega enero,
ante Dios bendice el mundo, y su brazo abarca
(el arco
v el Arquero

RUBEN DARIO.

Párrafos

En arte, los gustos varían, según los
temperamentos. Cada artista se forma su
ideal, de acuerdo con las idiosincrasias de
su mundo interno. De aquí que ninguno
pueda decir dogmáticamente: esto es bello,
esto mediocre, etc., porque lo que para
unos es admirable, es para otros simple-
mente vulgar, y viceversa.

De lo dicho pudiéramos sacar la con-
clusión de que toda obra de suprema be-
lleza es aquella admitida como tal, uná-
nimemente, por los intelectuales de todas
las escuelas; aunque, llevadas á ese extre-
mo, sólo pueden aceptarse como obras per-
fectas las de los genios universales.

Concretándonos á los trabajos de talen-
tos vigorosos y felices, nos encontramos,

al juzgarlos, ante la valla de mil preocu-
paciones. Los fallos favorables se confun-
den con los adversos; y de la mezcla de
detalles, tendencias y procedimientos,
aparecen ante nosotros los autores tan
complicados, que no podemos—tras un
hondo análisis crítico—formular sobre
ellos un juicio definitivo.

FROILÁN TURCIOS

NOTAS

Cumpleaños.—

El jueves próximo anterior, 26 de di-
ciembre, cumplió años el señor Presidente
de la República, General don Terencio
Sierra.

Deseamos al digno Mandatario todo gé-
nero de prosperidades, para bien de la Pa-
tria, de su estimable familia y de sus ver-
daderos amigos.

Reproducciones.—

Casi todos los periódicos y revistas que
nos llegan de canje toman de nuestro
quincenario las prosas y poesías extranje-
ras que en él insertamos.

De los trabajos nacionales hemos visto
últimamente reproducidos: en *El Moder-
nismo*, de San Salvador, y en *El Pacífico*,
de Puntarenas, los intitulados *A una vir-
gen* y *La hora suprema*, de nuestros co-
laboradores Molina y Reina.

La revista *Literatura y Arte*, de la
Paz, Bolivia, y *El Domingo Azul*, de
León, reproducen dos prosas nuestras:
Las sonrisas del arte y *A Luis II de
Baviera*.

Nuevos ofrecimientos.—

Los señores Eduardo Díez de Medina,
de La Paz, Bolivia; don Antonio A. Ama-
to, de Buenos Aires, República Argenti-
na; y don M. Salvador Ulloa, de Tacna,
Chile, nos han ofrecido las columnas de
sus revistas *Literatura y Arte*, *El Eco
Social* y *Penumbra*, respectivamente.

—Don Alfonso Espino, de El Salvador,
solicita nuestra colaboración para su *Di-
ario Santaneco*.

Oportunamente enviaremos á esas pu-
blicaciones algunos de nuestros trabajos.